

EJÉRCITO



**Automatización de la guerra:
el control humano**

**Sahel: un enclave determinante para la
lucha contra el terrorismo**

**Documento: Hernán Cortés y la conquista
de México**

A. Tzucet cosmographie numero de dms. L1.



LA CULTURA AZTECA ANTES DE LA LLEGADA DE HERNÁN CORTÉS

Fundación de México-Tenochtitlán. Códice Mendoza o códice mendozino, obra azteca de 1540 que relata la conquista española de México

Isabel Bueno Bravo

Licenciada en Historia del Arte y Doctora en Historia de América

Hernán Cortés partió de Cuba hacia las costas mexicanas con las órdenes explícitas de «rescatar y no poblar». Sin embargo, en un giro de los acontecimientos, convenció a los hombres que le acompañaban para fundar la Villa Rica de la Vera Cruz, contraviniendo las órdenes del gobernador de Cuba y

poniéndose directamente a las órdenes del rey.

El interés de Hernán Cortés era llegar a una ciudad fabulosa, fundada en medio de un lago esmeralda que, al parecer, poseía enormes riquezas de oro. Esta bella ciudad era Tenochtitlán, la capital del Imperio azteca, que, en 1519, estaba gobernada por Moctezuma Xocoyotzin, el segundo de este nombre que ocupaba el trono azteca.

Moctezuma había heredado el trono de su tío Ahuizotl, un gran estratega y guerrero que había expandido el imperio hacia las dos orillas del océano y

Guatemala. Sin embargo, la grandeza de la que disfrutaba Tenochtitlán en 1519 poco tenía que ver con sus humildes orígenes.

En el siglo XII los aztecas partieron de un lugar mítico llamado Aztlan, situado en el norte de México. Su éxodo se originó por deseo de su dios, Huitzilopochtli, de fundar su verdadera ciudad en una tierra prometida. Esa peregrinación duró alrededor de dos siglos hasta que, finalmente, contemplaron la señal que indicaba el lugar exacto de la fundación. Esa señal no era otra que la del águila posada sobre un nopal devorando una serpiente, símbolo que, en la actualidad,

sigue ondeando en la bandera mexicana.

El lugar señalado no parecía promesa divina ni auguraba un futuro prometedor, pero los aztecas acataron su destino con resignación. Se trataba de un islote, en el lago Texcoco, que pertenecía a Azcapotzalco, por entonces la mayor potencia del valle, que, a cambio de vasallaje, les permitió asentarse en ella y fundar la ciudad de Tenochtitlán. Durante casi cien años (1325-1428) pagaron tributo, especialmente como guerreros a favor de Azcapotzalco. Durante este tiempo la población azteca creció y prosperó, al mismo tiempo que lo hacía la ciudad, a través de importantísimas obras hidráulicas y arquitectónicas, sin olvidar los cambios políticos y económicos que los aztecas debieron aceptar para integrarse en el devenir del valle de México.

Esta área era una zona geográfica rica y variada que ofrecía importantes nichos ecológicos, por eso, desde antiguo, fue un lugar deseado para establecerse. Fueron muchos los pueblos que emigraron desde el norte buscando un buen lugar donde fundar sus ciudades y prosperar. Sin duda, las riberas de los lagos del valle de México se presentaban idóneas y pronto proliferaron las poblaciones, y con este aumento demográfico y variedades étnicas comenzaron las luchas por el control de los ecosistemas y la comercialización de sus productos.

Las fuentes antiguas confirman que los aztecas fueron los últimos en llegar y establecerse en este populoso lugar. Por este motivo tuvieron que contentarse con una pequeña isla para vivir y, además, depender de quienes en ese momento controlaban los recursos del valle y estaban en plena expansión: los tepanecas de Azcapotzalco.

Tezozómoc fue el gobernante tepaneca que llevó a Azcapotzalco a su máximo apogeo, al conseguir que muchos pueblos tributarios trabajaran y guerrearan para su beneficio y, además, en las regiones conquistadas más importantes establecía a sus hijos como gobernantes y a sus hijas las casaba con los señores menos importantes



Cuenca de México en el Posclásico tardío

pero que, a través de los lazos de sangre, quedaban vinculados con su imperio.

Tezozómoc gobernó con mano dura e imprimió su sello personal en todas las actuaciones. Por eso a su muerte, en 1426, el imperio tepaneca no le sobrevivió. Uno de sus hijos no respetó los deseos de Tezozómoc y le arrebató el trono al sucesor designado. Las intrigas palaciegas y el desorden mostraron la debilidad del momento, que los aztecas supieron aprovechar y lideraron una guerra que les daría la independencia.

GUERRA TEPANECA (1428-1430/31)

La lucha fratricida en Azcapotzalco dividió el valle de México en dos

bandos con intereses contrapuestos: los que luchaban en contra de Maxtla (el usurpador) con el anhelo de liberarse del control tepaneca, liderados por Tenochtitlán, y quienes le defendían. Tras dos años largos de luchas sin cuartel, la fortuna abandonó a Azcapotzalco y los aztecas se hicieron con el poder.

Los vencedores, representados por aztecas, aculhuas y tlacopanecas, se reunieron en Tenochtitlán para establecer el nuevo orden y gobernar los territorios adquiridos a través de una serie de directrices económicas, políticas y militares, que sistematizaron con la creación de un súper organismo llamado *Triple Alianza*, en la que se comprometían a defenderse conjuntamente de amenazas comunes.



Acueducto de Chalpultepec

la calzada que llegaba a Chapultepec, donde había abundantes manantiales que surtían de agua las fuentes de las innumerables plazas, donde los habitantes disponían de ella libremente, y el interior de los palacios y casas nobles, a través de cañerías de arcilla.

El agua que rodeaba la isla no era potable y parte del lago tenía aguas salitrosas, por lo que construyeron un dique o albarrada, como recogen las fuentes, para evitar inundaciones y obtener una agricultura efectiva. Pero este problema no se solucionó solamente con el dique, pues Tenochtitlán pronto se quedó sin tierra suficiente para alimentar a la pujante población. Por ello se vio obligada a ganar tierra al lago a través de la creación de chinampas alrededor de la ciudad.

La guerra tepaneca no solo significó la independencia y el liderazgo para Tenochtitlán, sino que en este ambiente convulso de guerras e intrigas hubo también un cambio de rama dinástica en el trono azteca, que quizás sin este río revuelto nunca hubiera reinado. Pero el resultado final fue que a partir de este momento los aztecas iniciarían un despegue espectacular al crear la mayor estructura política de Mesoamérica, solo interrumpida por la llegada de unos hombres que procedían de un mundo desconocido para ellos.

sus primeros gobernantes a organizar la ciudad de tal forma que contara con suficiente tierra para el cultivo, agua potable, un centro ceremonial, etc., que solucionaron con destreza. Construyeron cuatro calzadas que unieron la isla a tierra firme. A lo largo de ellas intercalaron puentes móviles para que las canoas tuvieran facilidad de movimiento y, en caso de ataque, esta portabilidad hacía de Tenochtitlán una ciudad inexpugnable.

El problema del agua potable lo solucionaron con un acueducto paralelo a

El sistema de chinampas consistía en delimitar parcelas en el lago con arzones de madera que rellenaban con el fértil limo. Estos huertos estaban ordenados a través de canales para que las canoas transportaran los productos con facilidad. Fue un método exitoso que proporcionaba varias cosechas anuales de excelente calidad. En la actualidad, Ciudad de México todavía conserva algunas chinampas prehispánicas en la zona de Xochimilco.

La ordenación urbana afectó al plan edilicio en el que destacaba el centro

LA ETAPA IMPERIAL (1428-1519)

Bajo el yugo tepaneca Tenochtitlán estuvo gobernada por Acamapichtli (r. 1376-1391), el hijo de este, Huitzilihuitl (r. 1391-1417), y su hijo Chimalpopoca (r. 1417-1428), que murió durante la guerra tepaneca en extrañas circunstancias. El primer gobernante independiente fue Itzcóatl (r. 1427-1440), probablemente responsable de la muerte de su sobrino Chimalpopoca. Después de él le siguieron Moctezuma I (r. 1440-1469), Axayácatl (r. 1469-1481), Tízoc (r. 1481-1486), Ahuizotl (r. 1486-1502), Moctezuma II (r. 1502-1520), Cuitláhuac (r. 1520) y Cuauhtémoc (r. 1520-1521).

Durante la primera etapa Tenochtitlán creció a buen ritmo, lo que obligó a



Zona chinampera de Xochimilco

ceremonial, rodeado por un muro decorado con esculturas de serpientes y abierto con cuatro puertas orientadas a los cuatro rumbos del universo, de donde partían las calzadas. En este lugar sagrado se levantaron templos piramidales, adoratorios, escuelas, palacios y edificios administrativos.

La ciudad quedaba dividida en cuatro sectores con sus barrios. Los que estaban más cerca del centro ceremonial eran los mejores. En ellos vivían los nobles, quienes podían tener casas de dos pisos, con hermosas terrazas ajardinadas. El resto de los barrios eran más humildes, con casas de una planta, pero en ambos no faltaban ni la escuela ni el templo. Las calles eran bulliciosas, algunas de tierra y otras de agua. Eran canales por donde transitaban las canoas que se usaban para trasladarse hasta la orilla del lago o a las chinampas y para transportar todo tipo de mercancías.

LA SOCIEDAD

La sociedad azteca tenía una jerarquía piramidal. En el vértice figuraban el gobernante o *tlatoani* y los nobles que estaban exentos de tributar y tenían muchos privilegios. Los guerreros, altos sacerdotes y los comerciantes de larga distancia pertenecían a una clase social alta. El resto de la población eran los *macehuales*, que constituían la base de la población, con cuyo trabajo e impuestos se costeaban los gastos de la ciudad imperial. En el último escalón de la pirámide estaban los esclavos.

La moralidad azteca era muy estricta y, al mismo tiempo que ofrecía privilegios a las clases altas, también les exigía ejemplaridad; por ese motivo las penas eran más altas que para los comunes respecto al mismo delito.

Las mujeres se encargaban del hogar y preparaban los alimentos para la familia, los hombres trabajaban en el campo o en la ciudad y los niños se educaban en el hogar hasta que tenían unos 15 años. En ese momento tenían la obligación de ir a la escuela militar, que era obligatoria y estaba financiada por el Estado.



Escultura azteca. Hombre con cacao

La poligamia estaba permitida para la nobleza, siempre y cuando el varón demostrara que podía mantener a cada esposa. Además, el abundante número de hijos que proporcionaba esta situación era idóneo para potenciar los matrimonios de Estado y las alianzas políticas.

LA POLÍTICA

A la llegada de Hernán Cortés el Imperio azteca estaba formado por 39 provincias, habitadas por unos cinco o seis millones de personas a lo largo de 200 000 km². Esta gran extensión y la pluralidad de sus gentes casaba mal con el tipo de organización política que los gobernantes aztecas habían elegido para desarrollar su superestructura política, y fue la causa principal de su derrota final.

El Imperio azteca estaba organizado de forma hegemónica. Esto quiere decir que las provincias conquistadas se incorporaban a través de un sistema clientelar, en el que contraían obligaciones tributarias tanto en productos y servicios y aportaban gran número de hombres que engrosaban las tropas imperiales, a modo de unidades auxiliares.

Las provincias más cercanas a la capital proporcionaban los productos de primera necesidad, se encargaban del mantenimiento de las obras públicas y actuaban como parapetos en caso de ataque a Tenochtitlán. De las provincias más lejanas la ciudad imperial se surtía de los objetos de lujo que los nobles deseaban. Además vigilaban las fronteras distantes y, en aquellas más conflictivas, estaban obligados a mantener las



Imperio azteca en 1519

guarniciones que los aztecas levantaban.

El tributo que se imponía a las provincias variaba en función de la resistencia durante la contienda bélica. Si el conflicto se resolvía por la vía diplomática o era de bajo impacto, el tributo era moderado y la Administración local permanecía en su lugar si prometían lealtad al imperio. Si se resistía con ferocidad, entonces los tributos exigidos eran altos y la cúpula de gobierno se desmantelaba, y en su lugar se colocaba a gobernantes proaztecas.

Ya hemos comentado que la poliginia proporcionaba diferentes alternativas a los gobernantes príncipes y princepsas para elaborar complicadas alianzas matrimoniales con los señoríos conquistados. Esta vinculación «sanguínea» atemperaba las insurrecciones aunque, por otro lado, el hecho de que hubiera varios candidatos con derecho a gobernar fomentaba intrigas, conspiraciones y traiciones dentro de las mismas familias.

LA ECONOMÍA

A pesar de ser un pueblo agrícola, los aztecas apoyaban su saneada

economía en la exención de tributos y el comercio, sobre todo el de larga distancia.

Aunque las chinampas eran muy productivas, no lo eran tanto como para afrontar las necesidades de la superpoblada Tenochtitlán. Pero con la independencia los aztecas pudieron exigir tributos de forma regular para que a la población no le faltaran alimentos y el resto de productos que no producía. La regularidad de los bienes la consiguieron a través de un calendario de pagos bien estructurado, en el que especificaba a los tributarios qué, cuánto y cuándo debían recaudarlo.

Los funcionarios encargados de supervisar y recaudar los tributos eran los *calpixques*. Normalmente eran personas nobles, cercanas a la confianza del *tlatoani*. Para que no hubiera dudas de qué debían tributar y lo que el *calpixque* debía recaudar, todas las cuentas se llevaban explicitadas en unos libros de cuentas denominados *tequiámatl*.

Respecto al comercio, se distinguía entre los mercados locales y las transacciones a larga distancia, que solo se podían desempeñar con permiso

del gobernante. Estos comerciantes se denominaban *pochtecas* y organizaban grandes caravanas a tierras lejanas. Los porteadores eran los *tlamemes*, unos profesionales que entrenaban desde la infancia para transportar unos 23 kilos durante 21 kilómetros diarios. Era la forma de solucionar el problema que suponía la falta de animales de carga.

Los mercados locales eran bulliciosos y estaban muy bien organizados y supervisados por funcionarios que se encargaban de revisar los permisos, las mercancías y evitar disputas y fraudes. El mercado azteca más importante era el de Tlatelolco, a donde afluían todos los productos que el imperio recaudaba a través de los tributos. Hernán Cortés afirmó, en su *Segunda Carta de Relación*, que este mercado era dos veces Salamanca y que a él asistían diariamente más de 60 000 personas.

En un espacio tan grande, que congregaba a tantas personas y mercancías, era prioritario un buen servicio de limpieza que garantizara unas buenas medidas de salubridad. Para tal fin había equipos de limpieza que, al terminar el día, dejaban el mercado limpio y listo para desempeñar su

actividad al día siguiente. Bernal Díaz del Castillo narra que había letrinas públicas, con encargados de limpiarlas constantemente, y que estos residuos se almacenaban a las fueras de Tenochtitlán para su reciclaje.

La higiene en la ciudad era un punto importante, ya que Tenochtitlán contaba con una gran población. Se calcula que en 1519 había unos 250 000 habitantes, cifra extraordinaria si la comparamos con las ciudades europeas más pobladas en la misma época (Nápoles, Constantinopla, París, Venecia o Milán), que con dificultad llegaban a los 100 000 habitantes.

Con una población tan numerosa los aspectos sanitarios eran fundamentales para preservar la salud de los habitantes y en ese sentido Tenochtitlán volvió a sorprender a los españoles, que comprobaron la calidad y variedad de sus médicos. Tenían un extraordinario conocimiento de la anatomía humana, que combinaban con un gran saber sobre plantas medicinales. Con

ellas elaboraban anestésicos, analgésicos, coagulantes, antiofídicos, anti-piréticos, antieméticos y un largo etcétera que proporcionaban bienestar a los pacientes, que junto a una buena y variada alimentación y una ciudad limpia garantizaban la longevidad de los habitantes. A pesar de estos cuidados, la muerte sobrevinía por muy variados motivos y la religión venía a solucionar esta parte incierta del destino de los fallecidos.

LA RELIGIÓN

Los aztecas eran politeístas y animistas, con un inagotable panteón de dioses que habitaban en los diferentes planos en los que el mundo estaba dividido. Había 13 cielos superiores y 9 inferiores, y en el centro vivían todos los seres creados por ellos, sin que el inframundo tuviera una connotación peyorativa, simplemente era otro lugar donde habitaban los dioses nocturnos y a donde iban la mayoría de los muertos, porque entre los aztecas

el destino de ultratumba no dependía de cómo se hubieran portado en esta vida (para castigar las acciones delictivas o las transgresiones sociales ya estaban las leyes) sino de la forma en la que te ibas de ella.

La mayoría de los aztecas iban al Mictlan, porque morían de enfermedad o vejez. Quienes lo hacían ahogados o fulminados por un rayo iban al Tlalocan. Los guerreros y las mujeres que morían en la batalla y en el parto compartían un destino especial y privilegiado, la Casa del Sol, y finalmente, los bebés y los niños que fallecían sin haber comido maíz regresaban al *Chichihuaquauhco*, el lugar del árbol nodriza. Este árbol portentoso, en lugar de hojas tenía pechos que amantaban a los bebés hasta que los dioses los volvían a colocar en el vientre de sus futuras madres.

Aunque en los hogares las mujeres se encargaban de la educación de sus hijos, el Estado tenía un buen sistema de enseñanza. Para los nobles había



Tlameme o cargador en Chichicastenango



Coatlicue, madre de los dioses mexicas

diferentes tipos de escuelas a las que acudían desde pequeños, donde aprendían historia, religión, retórica, astronomía, cartografía y a escribir, e interpretaban los libros antiguos. Con estos conocimientos se preparaban para ser buenos gobernantes o desempeñar altos cargos en la vasta Administración. La educación la completaban en el *tepochoalli* o escuela militar, junto al resto de los niños comunes. Esta formación era obligatoria para todos y estaba costeadada por el Estado. Aquí se formaban como guerreros, que era la ocupación principal de los aztecas y la

más valorada socialmente, ya que solo a través de hazañas en la guerra podían ascender en la pirámide social. A partir de la guerra de Independencia, en 1428, se exacerbaban los valores castrenses, lo que reforzó este adoctrinamiento en las escuelas estatales.

Aquellos que no se dedicaban a la guerra pero habían sobresalido en el estudio de las ciencias impulsaban el conocimiento en Matemáticas y Astronomía desarrollando varios calendarios: el solar, de 365 días, y el agrícola o religioso, de 260, aunque

también tenían otros de ciclos más largos como el venusino, de 584 días. Cada 52 años solares se celebraba la Fiesta del Fuego Nuevo o atadura de los años, que era como un fin de siglo. Además de los calendarios, este interés por los astros les permitió establecer las revoluciones de Venus, la luna y el sol, así como registrar un gran número de constelaciones, eclipses, cometas y marcar claramente la época de lluvias y la de sequía, que era fundamental para la agricultura.

Estos conocimientos sobre los astros, como la salida y la puesta del sol, los equinoccios y los solsticios, incidían en la orientación de los edificios monumentales para cargarlos de simbolismo. Los edificios civiles o religiosos estaban decorados con hermosos murales y esculturas, de carácter expresionista, que representaban a los dioses y los éxitos en las numerosas batallas.

Entre el arte y la ciencia estaban los maravillosos libros pintados, conocidos como *códices*. El benevolente dios Quetzalcóatl enseñó a los hombres la escritura para plasmar sus sentimientos, sus logros y decepciones, así como el orden económico y político del Estado. Aunque en Mesoamérica los primeros rasgos escriturarios se pueden encontrar en la cultura olmeca, a partir del 2000 a. C., al valle de México no llegó hasta el año 1275, según indica el *códice Xólotl*. No es una escritura alfabética sino logosilábica, formada por glifos logos, que expresan una palabra o una idea, y por glifos silábicos, que aportan el sonido para formar palabras. Además de las artes «mayores», los aztecas destacaron en el arte del mosaico y de la plumería, con las que hacían verdaderas obras de arte, adornos textiles, personales y para la guerra.

El martes, día de san Hipólito, que fue 13 de agosto de 1521, Tenochtitlán sucumbió después de 75 días de asedio en los que no hubo un día sin combate. Aunque los españoles y sus aliados deseaban ardientemente la victoria, sintieron una honda tristeza por «herir» lo que el conquistador llamó «la ciudad más hermosa del mundo». Aunque la grandeza de su

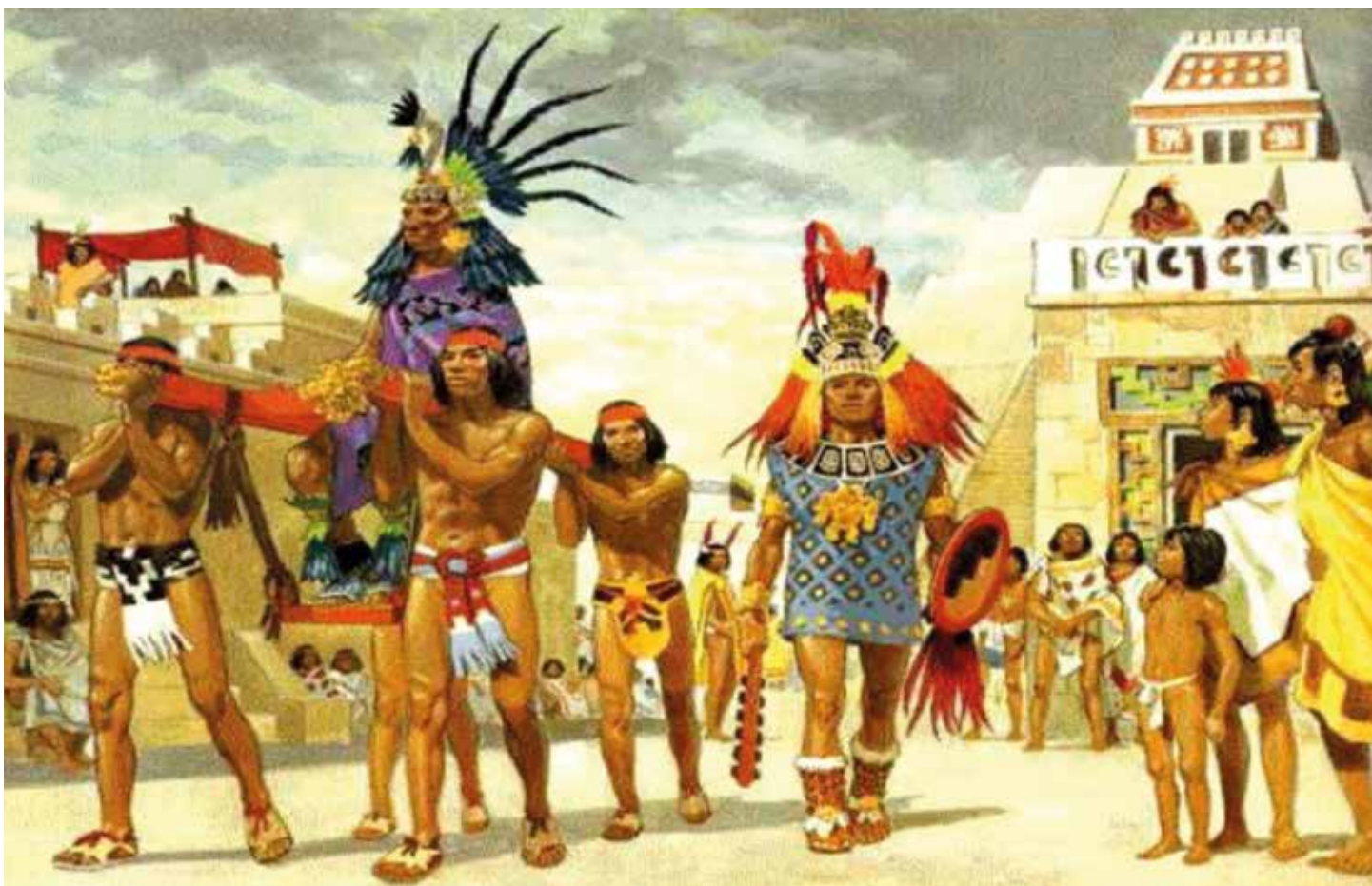
cultura la sobrevivió, como profetizó Chimalpahín en sus *Anales*, «en tanto que dure el mundo, no acabará, no perecerá la gloria, la fama de México Tenochtitlán».

BIBLIOGRAFÍA

- BUENO, I.: *La guerra en el imperio azteca: Expansión, ideología y arte*. La mirada de la Historia, Ed. Complutense, Madrid; 2007.
- CHIMALPAHIN, D.: *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*. UNAM, México; 1991.
- CORTÉS, H.: *Cartas de Relación de la Conquista de México*. Dastin, Madrid; 2000.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B.: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Dastin, Madrid; 2000.
- THOMAS, H.: *La conquista de México*. Planeta; Barcelona; 2015.
- LEÓN-PORTILLA, M.: *Aztecas-Mexicas: Desarrollo de una civilización originaria*. Algaba, Madrid; 2005.
- SAHAGÚN, B.: *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Dastin, Madrid; 2001.■



Piedra del Sol o calendario azteca



Representación gráfica del traslado del Emperador Moctezuma por el complejo de Tenochtitlán